

sica moderna, ejerce la enseñanza católica; el periodista que, sea demócrata como Jaen, sea monárquico puro como Donoso Cortés, combata los errores anticatólicos donde quiera que los descubra, teniendo siempre por guía la doctrina episcopal y pontificia, ejerce la enseñanza católica.

La Silla apostólica y las sillas episcopales son las cátedras necesarias al clero: de ellas emana la doctrina pura: en cualquiera cátedra que la doctrina de aquellas sillas emanada se refleje, puede decirse que reside la verdad del Catolicismo y que es católica la enseñanza.

Conocidos los principios que constituyen el criterio del clero en el asunto de la enseñanza, fácil es reconocer que poco, ó mejor, ningun valor tiene la cuestion de personas cuando de catolizar la enseñanza se trata. El clero sabe, y no olvida, que existe una diferencia perfecta entre catolizar y desecularizar. Siempre ha reconocido la existencia de una enseñanza secular-católica. Prueba solemne de que así la Iglesia lo ha reconocido, es el artículo 2.º del Concordato celebrado entre Su Santidad y el Gobierno español: «La instruccion en las universidades, colegios, seminarios y «escuelas públicas ó privadas de cualquiera clase será en todo conforme á la doctrina de la misma religion católica, y «á este fin no se pondrá impedimento alguno á los obispos «y demás prelados diocesanos encargados por su ministerio «de velar sobre la pureza de la doctrina de la fe y de las «costumbres, y sobre la educacion religiosa de la juventud en «el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas.» Nada se habla en este artículo del carácter de las personas que han de ejercer la enseñanza, se habla del espíritu y del carácter de la misma enseñanza. Que *la enseñanza sea católica*, que SEA EL EPISCOPADO EL QUE VIGILE Y DECIDA SI ES TAL, este es el espíritu y la letra del artículo que Roma ha firmado; el clero no quiere sino lo que Roma quiere.

Los que suponen otra cosa sin probarla se confiesan vencidos en el verdadero terreno de la cuestion.

Proudhon ha sido mas imparcial y mas justo con la Iglesia: léanse atentamente las siguientes líneas: «La Iglesia «tiene una *censura*, un *índice*, *aprobaciones*, *anatemas* y *excomuniones* perpétuas é irremisibles contra la temeridad «científica.

«¿Quiere decir esto que la Iglesia se arroge la ciencia «universal?

«De ninguna manera. La Iglesia no se inquieta sino por «su fe y por su revelacion: ella abandona el mundo á la curiosidad ó investigaciones de los sábios: *mundum tradidit «disputationibus eorum*. Solo exige que cuanto ellos profesen, en virtud de particulares estudios, concuerde con la «revelacion y la fe<sup>1</sup>.»

Y haciendo nuestras las anteriores palabras de Proudhon, lógico es admitir las siguientes del comedido articulista M. B. del *Diario de Barcelona*: «Allí donde la claridad de «la fe deja de ser nuestro guia, en los dominios de la exploracion científica, sacerdotes y seglares, sábios é ignorantes, mil veces tropezamos y mil veces caemos. Para evitar «las caidas seria preciso no andar. Para impedir que el error «penetrase en el recinto de las escuelas, seria preciso arrancar todas las puertas y tapiarlas; para impedir que la «razon humana sufriese extravíos, seria indispensable renunciar por completo al uso de la razon.»

Estos extravíos de la razon, en lo que atañe á materias subordinadas al criterio humano, tienen su tribunal peculiar: el clero, como á tal, no juzga de ellos; los juzga el sentido comun y los cuerpos científicos: lo que juzga el clero, lo que no renunciará jamás, es el derecho de juzgar los extravíos de la razon en el orden religioso.

## VI.

*Relaciones del clero y de las ciencias profanas; exámen critico de los calificativos de oscurantista y retrógrado aplicados al magisterio clerical.*

Los escritores poco adictos al sacerdocio, despues de haber presentado al clero como ambicionando el monopolio de la enseñanza, han pretendido probar que el clero es oscurantista, enemigo de las luces, abogado de la ignorancia, rémora de la civilizacion, etc., etc.

Invocando la libertad de enseñanza ha escrito *La Democracia* del dia 17 del pasado mayo: «Ellos (los partidarios de la enseñanza católica) enseñarán en sus institutos «de enseñanza, que la razon y el absurdo se aman entrañablemente, que el ergotismo escolástico es la mejor de las «filosofías. Nosotros abriremos libremente las puertas de «Liceos y Ateneos á la juventud, á fin de que espacie su

<sup>1</sup> Proudhon, *De la justice*, tome deuxième, pag. 312.

«alma y eduque su razon en la filosofía del siglo, procurando ponernos á nivel de la pensadora Alemania. Ellos resucitarán el latin bárbaro de los monasterios; nosotros enseñaremos los autores clásicos, eternos modelos de elocuencia, preparando á la humanidad para el gran día de la fraternidad y union de todos los pueblos de la tierra. Ellos enseñarán la historia como el P. Lorient; nosotros como Herder y Krause y Hegel. Ellos resucitarán el sistema de Ptolemeo, la astrología, la alquimia; nuestra juventud estudiará á Laplace, á Newton, á Lavoisier. Ellos, si intentan espaciar el espíritu en el mundo del arte, lo harán con el estrecho naturalismo; nosotros le dejaremos libre en el infinito de la idealidad; en una palabra, ellos enseñarán la reaccion, el neo-catolicismo; nosotros el progreso, la democracia.»

Aunque no creamos necesario vindicar al clero de las manifiestas calumnias que están en semejantes escritos entrañadas, ante los verdaderos filósofos de la historia, dirémos cuatro palabras, por si alguno, menos avieso en las intrigas metódicas de cierta escuela, por falta de datos rindiera á la falsedad los honores solo á la verdad debidos.

La gran prueba en que nuestros adversarios apoyan su aseveracion, es el estado intelectual y científico de la edad media: sus argumentos tienen esta forma:

Hoy la ciencia está mas adelantada que en la edad media.

La ciencia de la edad media estaba toda á cargo del clero.

Luego la enseñanza del clero es reaccionaria.

La premisa mayor de este silogismo es verdadera; bajo cierto respecto la menor es ciertísima; mas la consecuencia no es legítima.

Hoy la ciencia está mas adelantada que en la edad media: seamos generosos, concedamos la proposicion de una manera absoluta. Desde la conclusion de la edad media hasta el día han transcurrido algunos siglos; á no suponer parálitica la vida intelectual de la humanidad, es la cosa mas natural que en tan largo período hayamos andado algo: el que el siglo XIX esté mas adelante que el siglo XIV, no prueba que el siglo XIV fuera reaccionario ni que el siglo XIX sea progresista; prueba que aquel era mas niño que este, que este ha visto mas que aquel.

Y ¿qué razon hay para calificar de reaccionaria una época, cuyos grandes nombres han llegado á nosotros coronados por los títulos mas honoríficos, que la moderna crítica

ha admitido? Alberto mereció el título de *Grande*, Tomás de Aquino el de *Angel de las escuelas*, Rogerio Bacon el de *Doctor admirable*, Enrique el Grande el de *Doctor solemne*, Enrique de Suza el de *Esplendor del derecho*, Alejandro de Hallays el de *Doctor irrefragable*, Alano de Isla el de *Doctor universal*, Buenaventura el de *Doctor seráfico*, Scot el de *Doctor sutil*. «El P. Vicente de Beauvais, dice el Sr. Veuillot, «cuya talla igualaba la de sus contemporáneos Tomás de Aquino y Rogerio Bacon, redactó una enciclopedia que «obtiene el respeto de la Academia francesa. Y el siglo que «produjo tan grandes hombres no los despreciaba por cierto, ni los tenia mas ignorados, que en el tiempo de Luis XIV Racine al que es preferido Pradon, y si no obtenian la popularidad alcanzada en nuestros días por Eugenio Sue, sin duda contaban con mas oyentes y discípulos que lectores cuenta Guizot. Aquella época preparó la «aparicion del renacimiento<sup>1</sup>.»

Lo que hacemos presente, no para atribuir ventaja alguna á la edad media sobre la moderna, sino para colocarla en su verdadera y justa posición.

Dícese: la ciencia de la edad media estaba toda á cargo del clero, concedido; toda la ciencia se hallaba concentrada en los monasterios, concedido; el pueblo apenas se ocupaba de las letras, concedido: ¿qué quiere deducirse de ello? ¿que el clero es enemigo de las luces? pero si las hospedaba en casa, si las trataba muy bien, si las enriquecía! Si solo el clero era ilustrado en la edad media, si el pueblo preferia las armas á las letras, ¿por qué no se acusa al pueblo del pecado de ignorancia? ¿Es que las puertas de los monasterios se cerraban al pueblo? Imposible. ¿A dónde va á buscar la Iglesia los sacerdotes? ¿no es entre los hijos del pueblo? sin duda; ¿y por ventura la Iglesia no hace preceder la instruccion del candidato á su admision al sacerdocio? sin duda; y las grandes investigaciones literarias y científicas de la edad media ¿no fueron escritas? sin duda; y escribiendo los luminosos tratados que sobre todas las cuestiones escribieron los sacerdotes de la edad media, ¿no dieron una prueba de que no temian la perpetuidad y extincion de sus enseñanzas? sin duda; si el clero de la edad media reunia la ciencia ¿podia dejar de calcular que escribir libros era fun-

<sup>1</sup> *Mélanges religieux, historiques, politiques et littéraires*, par Veuillot.

dar bibliotecas, y fundar bibliotecas abrir la puerta á la difusión de las luces en ellas contenidas? sin duda; y si además de las bibliotecas el clero fundaba universidades, es decir, convocaba á todos los hijos del pueblo en escuelas en que se enseñaban todas las ciencias entonces conocidas, ¿es racional decir que los monasterios eran las cárceles de honor de la ciencia?

Si os probamos con testimonios irrefragables que el clero sembró de universidades y de bibliotecas la edad media, habéis de convenir en que, si el pueblo de la edad media no leyó y no se instruyó, la responsabilidad de la ignorancia no ha de exigirse al clero: la Iglesia llamó al siglo para instruirle: vosotros decís, «el siglo era ignorante;» la afrenta la arrojaís, pues, al rostro del pueblo, la gloria la reserváis para la corona de la Iglesia. Leed y medita las siguientes consideraciones:

### Bibliotecas.

Hé ahí los datos que sobre este poderoso elemento de conservación y progreso de la ciencia humana encontramos diseminados en varias obras:

«El número de libros que los conventos poseían raya á lo increíble. Al fin del siglo XII tres mil volúmenes fueron quemados en la abadía de Croydon. El convento de San Miguel en Lunebourg poseía dos bibliotecas notables; la biblioteca de Glaslonebury se enriqueció en 1248 con cuatrocientos volúmenes.

«Los conventos adquirieron casi todas las obras de la antigüedad, como las de Homero, Horacio, Virgilio, Salustio, Lucano, Marcial, etc. La abadía de San Vicente en Laon encerraba en 1370 una biblioteca de once mil volúmenes. Cada monasterio tenía su bibliotecario.

«En aquellos tiempos de ignorancia un monasterio sin biblioteca hubiera sido una especie de monstruosidad. Usando el estilo general en el siglo XII cierto abate de Beaugency decía, que no es mas necesario á los guerreros un buen arsenal, que á los monjes una rica biblioteca. Así en una necrología de san Bernward, obispo de Hildesheim, el autor deplora los desastres causados en los libros reunidos por el celo de tan eminente Prelado, en los siguientes términos: *Perpetuo est lugendum quod inexplicabilis librorum copia ibi perit, nosque spiritualium armorum inermes reliquit.*

«Imposible es dar cuenta de los cuidados minuciosos que los monjes dedicaban á la conservación de los manuscritos, de los libros y de las bibliotecas. La mayor parte de los libros fueron compuestos y traducidos por los monjes. Los grandes conventos tenían á su cargo un escribiente, y este, bajo su dirección, una multitud de amanuenses, algunos de los cuales merecieron gloriosa fama por la belleza y elegancia de sus manuscritos. En los conventos de mujeres las religiosas copiaban los libros de piedad y otros con mucho primor, con una paciencia y propiedad de las que solo las mujeres son capaces. Todos los documentos históricos de la edad media fueron conservados en las bibliotecas de los conventos. Muchos y preciosos manuscritos contienen los de Portugal. Solo la abadía de Alcobaça posee cinco mil, y el número de libros impresos que se encuentran distribuidos en los diversos conventos de aquel reino se calcula ser trescientos cuarenta y nueve mil. Los religiosos no se ocupaban solamente de literatura cristiana; estudiaban á la vez la Escritura santa, Salustio y Tito Livio, los milagros del Señor y las Metamorfosis de Ovidio, los Salmos de David y las odas de Horacio ó las églogas de Virgilio. De esta manera nos conservaron las obras maestras de la antigüedad<sup>1</sup>»

Gerson, en su tratado *De laude scriptorum*, hace notar que la ocupación exclusiva de los canónigos regulares de san Agustín era la copia de manuscritos. Los libreros y escritores públicos no se conocieron antes del siglo XII, en el que se fundaron las universidades.

El Sr. Libri trazó un catálogo de bibliotecas civiles contemporáneas de las grandes bibliotecas monacales; entre ellas citanse las de Loup, profesor de Perigueux, la Magnus, cónsul de Narbona, de Rurice, obispo Limosin; mas estas y otras bibliotecas ¿dónde se proporcionaban las obras científicas y religiosas sino en los monasterios? Los Benedictinos han impreso el inventario de los libros que en el siglo XII poseía la abadía de Corbie. Su número no es extraordinario en verdad, sin embargo contiene las mejores obras clásicas; tales como Quinto Curcio, los Comentarios de César, Columella, Juvénal, un tratado de astronomía de Higinio, dos ejemplares de Lucano con un tomo de comentarios sobre sus poesías, el poeta Lucrecio, Macrobio, Marcial, Ovi-

<sup>1</sup> *Dictionnaire des bienfaits et beautés du Christianisme* par G. F. Chevé.

dio, Pollion, sobre los doce cantos de la Eneida, Plinio, Persio, Séneca, Stacio, Terencio, ocho libros de comentarios de Prisciano sobre Virgilio, cinco ejemplares de Virgilio completos y tres volúmenes de fragmentos, Valerio Máximo y un *Virorum illustrium liber*, tal vez el mismo con título diferente, *De viris illustribus urbis Romæ*, por Aurelio Víctor.

Existía en Sajonia otro monasterio cuyos monjes, en opinión de Leibnitz, se distinguían así por su ciencia como por su piedad, irradiando la luz de la literatura y de la fe á todo el Norte de la Europa. Hízose célebre por sus riquezas bibliográficas, y debióse á las preciosidades de su biblioteca el descubrimiento de los cinco primeros libros de los Anales de Tácito, habido lugar en el siglo XV.

La jurisprudencia, la astronomía, la aritmética, la geometría, la música, no estaban menos dignamente representadas en la biblioteca de Felipe Arcowt, obispo de Bayeux, fallecido en 1164, biblioteca que obtuvo la abadía de Bec, que á su vez poseía ya una biblioteca rica sobre todo en obras pertenecientes á la historia de Francia. Y para no hablar sino de aquellas que cuando se redactó el catálogo debían tener el atractivo de la novedad, citarémos el itinerario á Jerusalem por Foucher, la Historia de la conquista de la ciudad santa, por Baudry. Contenia también casi completas las obras de Justino, Paladio, Vejecio, Macrobio, Eutropio, Quintiliano, Suetonio, Séneca y el Tratado de los deberes y las Filípicas de Ciceron.

La geografía figuraba en la biblioteca de San Marcial de Limoges, al lado de Terencio, de Horacio, de Valerio Máximo, etc. En la biblioteca Richelieu consérvese aun el catálogo de la biblioteca de San Víctor de París, redactado en el siglo XV. Las obras están continuadas en él por orden alfabético, y en la letra A ya se hacen notables dos ejemplares del Alcoran y traducciones de la mayor parte de las obras de Aristóteles. Abundan en él los libros científicos; la literatura latina está representada por Horacio, Virgilio, Persio y Stacio, en cuanto á la poesía; por Ciceron, Tito Livio, en cuanto á la prosa; pero lo mejor que la biblioteca de aquella célebre abadía poseía era una coleccion de antiguos tratados sobre el arte poética y las epístolas de Horacio, sobre las *Metamorfosis*, las elegías, el Arte de amar y los Remedios del amor de Ovidio, las comedias de Terencio, sobre los tratados de Ciceron *De amicitia et De rethorica*, sobre las bucólicas de Virgilio, en fin, sobre Juvenal y Lucano.

Si ahora, añade Gerson, me fuera permitido invocar en favor de los monjes los numerosos catálogos publicados por D. Bernardo de Montefalcon en su *Bibliotheca bibliothecarum manuscriptarum*, señalaría la coleccion completa de clásicos griegos reunidos por los Benedictinos de Florencia, en la que figuraba Homero, Hesíodo, Píndaro, Esquiles, Sófocles, Eurípides, Teócrito, Aristófano, como poetas; Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Plutarco, como historiadores; Demóstenes y Sócrates, como oradores; Platon, Aristóteles, como filósofos: señalaría también la lista de los manuscritos latinos que poseían los Dominicos de aquella misma ciudad, y se encontraría en ella continuados á los nombres que hemos encontrado en todas las listas, los de Salustio, de A. Marcellina, de Séneca el trágico y de Plauto.

El mejor y el mas bello manuscrito de Suetonio que posee la biblioteca imperial de Francia pertenecía en el siglo XIII á los monjes de San Martin de Tours. La primera edicion de las Instituciones oratorias de Quintiliano fue hecha segun una copia que poseía la biblioteca de Saint-Gall, la cual prestó también en 1531 para su impresion los cinco últimos libros de Tito Livio. En fin, los Benedictinos de Subiaco en 1467 hicieron imprimir sus manuscritos de los tratados de Ciceron *De oratore et De officiis*, las cartas del mismo á su hermano Quinto, y las llamadas familiares; en 1470 hicieron imprimir las Filípicas, y un año despues todas las obras filosóficas del mismo autor.

Por antiguos documentos sabemos la clase de libros que la Inglaterra recibió de sus apóstoles en la fe: los que ignoran, ó les conviene ignorar, que el Cristianismo anda siempre de acuerdo con las luces, hasta profanas, no verán sin una especie de sorpresa que uno de aquellos libros fue el manuscrito de Homero <sup>1</sup>. Herederos del espíritu de aquellos apóstoles, sus discípulos continuaron marchando por el sendero de la misma armonía: san Benito obispo emprendió varios viajes al continente á fin de estudiar, en el seno de los antiguos monasterios, el verdadero espíritu monástico, fundó la abadía de Weremoult en Northumberland, y en ella un establecimiento modelo para la civilizacion de su patria y progreso de las artes y ciencias, todo auxiliado con una extraordinaria biblioteca <sup>2</sup>. Por lo que no debe causar sorpresa el que, solo un siglo y medio despues de la con-

<sup>1</sup> Lingard, *Antiquités*. — <sup>2</sup> Id. id.

version de Inglaterra, Carlomagno recurriera á ella, como á un foco de ciencia, para buscar en ella los elementos con que habia de encender en sus provincias el amor á la ilustracion. A la Inglaterra mendigó muchos libros interesantes el abate Ferrières, inmortal protector de las letras en el siglo IX.

El siguiente catálogo en verso de los tratados que contenia la biblioteca de York en el siglo VIII, indica su importancia:

Illic invenies veterum vestigia patrum,  
 Quidquid habet pro se latio Romanus in orbe,  
 Græcia vel quidquid transmisit clara Latinis;  
 Hebraicus vel quod populus bibit imbre superno:  
 Africa lucifluo vel quidquid lumine sparsit.  
 Quod pater Hieronymus; quod sensit Hilarius, atque  
 Ambrosius præsul, simul Augustinus, et ipse  
 Sanctus Athanasius; quod Orosius edit a vitus.  
 Quidquid Gregorius summus docet, et Leo papa;  
 Basilium quidquid, Fulgentium atque coruscant.  
 Cassiodorus item, Chrysostomus atque Johannes;  
 Quidquid et Althelmus docuit, quid Beda magister,  
 Quæ Victorinus scripsere, Boethius, atque  
 Historici veteres, Pompeius Plinius, ipse  
 Acer Aristoteles, rhetor quoque Tullius ingens:  
 Quid quoque Sedulius, vel quid canit ipse Juvencus,  
 Alcimus<sup>1</sup> et Clemens, Prosper, Paulinus, Arator,  
 Quid Fortunatus, vel quid Lactantius edunt,  
 Quæ Maro Virgilius, Statius, Lucanus, et auctor  
 Artis grammaticæ, vel quid scripsere magistri:  
 Quid Probus, atque Phocas, Donatus, Priscianusve,  
 Servius, Euticius, Pompeius, Comminianus.  
 Invenies alios per plures, lector, ibidem  
 Egregios studiis, arte et sermone magistros  
 Plurima qui claro scripsere volumina sensu:  
 Nomina sed quorum præsentem in carmine scribi  
 Longius est visum quam plectri postulet usus<sup>2</sup>.

Los monjes y los sacerdotes seculares que se entregaban á cultivar de esta manera las letras imprimian hasta en las menos importantes obras huellas de sus estudios clásicos. Un religioso anónimo de San Dionisio compuso la Historia de Carlos VI, imitando en lo posible el método de Tito Livio; no refiere batalla alguna sin poner en labios de sus capitanes largos discursos; y cuando los acontecimientos que reseña tienen analogía con los de la historia romana, hasta se

<sup>1</sup> Vel Alcimus. (Cfr. FREBEN., ad h. l.).

<sup>2</sup> De pontif. et sanctis Eborac. Eccles., v. 1535, sq.

sirve de las expresiones mismas del historiador latino. Si, á los monjes debemos la creacion y conservacion de casi todas las bibliotecas.

### Universidades.

Las universidades son el mas brillante testimonio de la asiduidad é inteligencia con que la Iglesia procuró en todo tiempo el estudio, la propagacion y el perfeccionamiento de las letras y de las ciencias para la instruccion de los pueblos. Las universidades de la edad media fueron todas debidas al Cristianismo, ya habiendo sido unas directamente fundadas, mantenidas y defendidas por los Papas y los Obispos, ya habiendo salido otras de la mano de los Reyes por impulso de la Iglesia. Digamos algo de lo que fueron aquellas universidades concebidas por el espíritu cristiano.

Los bárbaros, dice Châteaubriand, empezaron ahorcando los sacerdotes y los monjes; convertidos en cristianos, terminaron arrojándose á sus piés. Apresuráronse á apoyar la fundacion de colegios y universidades: llenos de admiracion por lo que no comprendian, acordaron toda especie de privilegios á los estudiantes. Del centro mismo de la monarquía de los poderes vióse surgir una verdadera república, con sus tribunales, sus trajes y sus franquicias. La universidad de París no era sola en Francia; mas de veinte existian modeladas segun ella: la de Montpellier obtuvo la celebridad. Empezó haciendo enseñar en ella el derecho romano desde que los ejemplares de las Pandectas no anduvieron tan escasos, gracias al hallazgo y á las copias del manuscrito de Amalfi: Inglaterra, Escocia, Irlanda, Alemania, Italia, España y Portugal tenian sus universidades. Los agiógrafos y cronistas de aquel tiempo dicen que un mismo estudiante, á fin de abrazar las nuevas ramas de ciencia, cursaba sucesivamente en París, Oxford, Maguncia, Padua, Salamanca y Coimbra.

Una multitud de colegios se establecieron á la sombra de las universidades. En el reinado de Felipe el Hermoso, fundador de la universidad de Orleans, establecióse el colegio de la Reina de Navarra, el del cardenal Lemoyne y el de Montagut, arzobispo de Narbona. Desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del de Carlos V tuvo lugar la ereccion del colegio de los Lombardos para los estudiantes italianos, y la de los colegios de Tours, de Lisieux, de Autun,

del Ave María, de Monte el Grande, de San Miguel, de Cambrai, de Aubusson, de Bonnacour, de Tournai, de Bayeux, de los Alemanes, de Boissy, de Drainville, de Maître-Gervais y de Beauvais <sup>1</sup>.

La universidad de París se veía tan favorecida de estudiantes de todos los puntos del globo, que cuando se dirigían en cuerpo procesionalmente á San Dionisio, las primeras filas del cortejo entraban ya en la basílica de la abadía cuando los últimos no habían salido todavía de la universidad. Llamada á dar su voto sobre la cuestión de la extinción del cisma, la universidad proporcionó diez mil sufragios; para aumentar la pompa de cierto funeral la universidad ofreció enviar veinte y cinco mil estudiantes. Mucho era su influjo político en las grandes crisis de la monarquía, y no se descuidaba en ella el tratado no siempre pacífico de las cuestiones religiosas, en las que se veía reflejado por una parte el espíritu turbulento de Arnaldo de Brescia y de Wicléf, agitadores de la Inglaterra y de la Italia <sup>2</sup>.

El Pontificado amaba y protegía la universidad de París, como su hija querida, su auxiliar poderoso y su escudero fiel. Ella se manifestaba de tal manera celosa de conservar la reputación de escuela universal ó de todos los ramos del saber humano, que apenas el derecho canónico tomó un rango elevado entre las ciencias y á contar maestros y discípulos famosos, la universidad de París inauguró con éxito tan importante asignatura. La medicina tenía profesores tan eminentes como Gilles de Corbeil, cuyas obras, á pesar de su antigüedad, nada han desmerecido. Mas la gloria principal de aquella universidad estaba en la enseñanza de la teología y de los diversos ramos del saber que le están relacionados; en este punto la universidad no tenía rival. Los mismos Papas pedían consejo á sus profesores sobre puntos de moral y de doctrina, y no había elogio comparable al de un eclesiástico que como á prueba de su profundo criterio sobre las doctrinas religiosas se le dijera: «Parece habeis pasado toda la vida en la «escuela de París.» Ella era la gloria del mundo occidental; jamás Atenas ni Alejandría poseyeron escuelas tan brillantes ni numerosas, según afirman escritores contemporáneos. Dignatarios eminentes de la jerarquía se creían honrados de ejercer en ella una cátedra pública; todavía mas, escogíanse

<sup>1</sup> *Hist. de l'Univers*, tomo III, lib. III.

<sup>2</sup> *Étud. histor.*

sus profesores mas famosos para colocarlos al frente de las iglesias, sin que por esto se les obligara á renunciar el honor de pertenecer al cuerpo docente de París. Príncipes reales y grandes señores contaban como otra de sus auréolas el haber pertenecido á aquella universidad.

El papa Alejandro III envió allí una multitud de jóvenes eclesiásticos italianos.

Para completar este cuadro dirémos algo de las demás universidades que desde el siglo XIII sostuvieron bajo la tutela de la Iglesia el movimiento intelectual del espíritu humano. La *Historia de las ciencias, de su organizacion y de sus progresos*, escrita por Maupied, nos proporcionará los datos.

La universidad de Roma nació á la mitad del siglo XIII; Inocencio IV estableció en ella una escuela de derecho, acordando á los estudiantes los privilegios que entonces se acordaban á los del *Studium generale*. El mismo Pontífice estableció un *Studium generale* en Roma con grandes privilegios; confió al cardenal camarlengo su cancillería ó dirección; nombró cuatro nobles romanos por procuradores; elevó á ochenta y ocho sus cátedras. Las universidades de Peruzia y Plasencia fueron asimismo obra de los Papas. Los Papas protegieron la universidad de Turin. En 1354 Clemente VI fundó la universidad de Pisa con el título de *Studium generale*, y en 1391 Bonifacio IX fundó con el mismo título la de Ferrara. La célebre universidad de Bolonia debió á los Papas la conservación de su esplendor y de su independencia.

En 1233 el Papa fundó definitivamente la universidad de Tolosa en Francia, cuyos principios Luis IX había echado algunos años antes. Un sacerdote, que se honraba con la amistad del santo Rey, concibió uno de aquellos proyectos que llevan en sí mismos la inmortalidad, proyecto tan grande que el cardenal Richelieu se hizo honor de llevarlo á la perfección. En el año 1230 la reina D.<sup>a</sup> Blanca, regente durante la ausencia del rey san Luis, cedió á Roberto de Sorbon, canónigo de Cambrai, una casa y varias dependencias para hospedaje de estudiantes pobres. Aquel hospicio no había de tardar á adquirir la plenitud de gloria de que el nombre de la Sorbona ha inundado los siglos posteriores á su fundación.

En 1289 el papa Nicolao V agregó á la universidad de medicina de Montpellier las asignaturas del derecho canóni-